

Cees Nooteboom

Rituales

Prólogo de A. S. Byatt

Traducción del neerlandés de
Francisco Carrasquer

Nuevos Tiempos Ediciones Siruela

Índice

Prólogo
A. S. Byatt 9

Rituales

I. Intermezzo, 1963 15

II. Arnold Taads, 1953 37

III. Philip Taads, 1973 105

Personne n'est, au fond, plus tolérant que moi. Je vois des raisons pour soutenir toutes les opinions; ce n'est pas que les miennes ne soient fort tranchées, mais je conçois comment un homme qui a vécu dans des circonstances contraires aux miennes a aussi des idées contraires.

Stendhal, *Brouillon d'article* (1832)

I

Intermezzo, 1963

...und allen Plänen gegenüber begleitet mich die Frage: «Was soll der Unsinn», eine Frage, die überhaupt ganz und gar von mir Besitz zu nehmen droht.

Theodor Fontane

El día en que se suicidó Inni Wintrop las acciones de Philips se cotizaban a 149,60. El cambio al cierre del Banco de Amsterdam había sido del orden de 375 y el de la Unión Naviera había bajado a 141,50. El recuerdo es como un perro, que se echa donde le apetece. Y de lo que se acordaba –si es que se acordaba de algo– era de las oscilaciones de la bolsa, de la luna espejeando en el canal y de que se había ahorcado en el water de su casa porque él mismo había pronosticado, en el horóscopo del *Het Parool*, que su mujer le abandonaría por otro y que él, de signo Leo, se suicidaría. Pronóstico cumplido: Zita se fugó aquel día con un italiano y él, Inni, se quitó la vida colgándose en el water. También había leído aquel día un poema de Bloem, pero ya no recordaba cuál. Se ve que el caprichoso chucho le falló en ese punto.

Hacia seis años, la víspera de su boda, sentado en la escalinata del Palacio de Justicia, en el canal del Príncipe, había derramado lágrimas tan auténticas como las que vertió Zita la noche en que la desfloró en un antro lleno de ranas y reptiles de la calle Valerius. Y por las mismas razones: oscuros presentimientos y una insondable congoja por algo, no sabía qué, pero en todo caso algún signo o ceremonia que viniese a cambiar su vida.

Amaba profundamente a Zita. En secreto, sólo para sus adentros, la llamaba princesa de Namibia. Tenía los ojos verdes, el pelo de un rojo brillante y el cutis de un rosa

pálido mate como por derecho de herencia le correspondía, ya que todas éstas eran precisamente características de la alta nobleza namibia. De igual modo, presentaba el talante sereno y retraído considerado como el auténtico distintivo de la aristocracia namibia.

Zita amaba a Inni quizá mucho más que él a ella. Fue únicamente por no quererse Inni a sí mismo por lo que las cosas salieron mal. Claro que no faltaba quien fuera diciendo por ahí que la causa estribaba en el hecho de que tuvieran nombres tan absurdos, pero ni Inni (Inigo, por el famoso arquitecto inglés) ni Zita (la madre de la princesa de Namibia era por lo visto una devota de la Casa de los Habsburgo) eran conscientes de que sus nombres los aislaban del resto de los mortales y los colocaban en un plano superior. Esto no les impedía pasarse horas en la cama con sus Inni Inni, Zita Zita y hasta en ocasiones especiales jugando con variantes aterciopeladas de lo mismo: Zinnis, Itas, Inizitas, Zinnininnitas, Itizitas, acoplando nombres y cuerpos en momentos que habrían querido eternizar. Pero ya se sabe que no hay enemistad mayor que la que se da entre la totalidad del tiempo y una parte del mismo tomada separada y arbitrariamente; en fin, que no podía ser.

Inni Wintrop, que ahora estaba bastante calvo, pero que por aquella época lucía una melena rizada y rubia, y notoriamente larga para los tiempos que corrían, se distinguía de mucha gente de su generación por no poder dormir a gusto solo, por tener algo de dinero y por sus frecuentes visiones. Además, comerciaba con cuadros si se terciaba, escribía el horóscopo en el periódico de Amsterdam *Het Parool*, se sabía de memoria muchos poemas neerlandeses y seguía de cerca la evolución de la bolsa y de la lonja. Las opiniones políticas, del signo y color que fuesen, le parecían formas psicopáticas más o menos benignas, y se había reservado para sí mismo el papel de diletante, en el sentido italiano del término.

Todas estas cosas, que la gente que le rodeaba consideraba contradictorias, cada vez resultaban más penosas en

Amsterdam a medida que avanzaban los años sesenta. «Inni vive en dos mundos», le reprochaban sus amigos de la más diversa índole pero que vivían en un solo mundo. Inni, dispuesto en cada instante a odiarse a sí mismo —y a petición del prójimo si era preciso—, era en esto una excepción. De haber tenido alguna ambición, se habría visto como un fracasado, pero no tenía ninguna, así que consideraba la vida como una especie de extraño club del que le habían hecho socio como por casualidad, y del que podían echarle sin dar explicaciones. Ya lo tenía decidido: el día en que la reunión le resultara muy aburrida, la abandonaría dando un portazo.

Pero ¿en qué medida es aburrido el aburrimiento? Muchas veces le había parecido que llegaba el momento. Y, cada vez, Inni optaba por tenderse en el suelo con la cabeza aplastada contra las lacerantes mallas de la estera china, hasta que se le quedaba grabada la estructura en su fina piel, evocando patrones al estilo de Fontana. Zita llamaba a esto «revolcarse», aunque sabía que se trataba de verdadera pesadumbre que brotaba de muy hondas e invisibles fuentes, y durante aquellos días cuidaba a Inni lo mejor que podía. Era frecuente que el revolcarse existencial terminara en una visión. Y entonces Inni se arrancaba por fin de la estera penitencial y se volvía hacia Zita para describirle las apariciones que acababa de tener y repetirle lo que le habían dicho.

Habían pasado unos cuantos años desde aquella noche en que Inni había llorado en las escaleras del Palacio de Justicia. Desde entonces, Zita e Inni habían comido, bebido y viajado juntos. Inni había perdido dinero en un mal negocio de níquel, pero también lo había ganado con unas acuarelas de la escuela de La Haya; había escrito horóscopos para el periódico y recetas de cocina para la revista *Elégance*. En cuanto a Zita, casi había tenido un hijo, pero, una vez más, Inni no supo dominar su ansiedad ante el cambio y ordenó a Zita que bloqueara el acceso de otro ser a un mundo por el que, a fin de cuentas, él mismo no sentía el menor interés.